

felicidad de los pueblos hermanos. ¡Ah! con cuánta razón levantarán estos al cielo su queja contra los que, viéndolos amenazados por la mayor de las adversidades, no extendieron su mano para salvarlos, sino que los dejaron abandonados á sus propios arbitrios. El fallo severo de las grandes naciones del antiguo continente condenó ya el proceder de los egoístas, y la prensa de Francia y de Inglaterra dijo con sorpresa : « ¡¡¡ Ninguno de los Estados se ha movido en auxilio del que sucumbia!!! »



CAPÍTULO XXXVIII

Ojeada sobre Haiti. — El grito de rebelion y sus causas principales. — Mantanzas horribles. — El imperio. — El reino. — La república. — ¿Cuál era la suerte de la Iglesia en estas circunstancias? — Propaganda protestante. — Escuelas metodistas y sus consecuencias. — Predicacion de los cuákeros. — Profanacion de la iglesia católica en Puerto Príncipe. — Conducta de los buenos católicos. — Proteccion concedida por el gobierno á las sectas disidentes. — Los vicarios apostólicos. — El delegado de la Santa Sede. — Tendencia de algunos al cisma.

Atravesemos ahora el mar de las Antillas y contemplemos el espectáculo triste que ofrece al mundo esa tierra rica y feraz donde se fundaron las primeras colonias europeas en América; donde los españoles recogieron el oro que mandado á la Península excitó esa sed rabiosa de riquezas que pobló todos los países del Nuevo Mundo, y donde, en fin, existió la ciudad y el gobierno, centro de las conquistas españolas en América. Mas esta desgraciada Haiti no es ya la reina de las Antillas, como fué llamada un dia, sino ese país cuyas desgracias llenan una de las páginas mas sombrías de la historia de nuestro siglo. Dividida por tratados entre la

Francia y la España, y sacudiendo el yugo de sus metrópolis, en guerra casi siempre la parte francesa con la española, en guerra también entre sí mismos los ciudadanos de ambas, nos ofrecen la fisonomía de repúblicas que sucumben bajo el peso de los males que acarrearán la anarquía y la ignorancia, alternando con el despotismo y la tolerancia vergonzosa de los excesos más repugnantes de la inmoralidad. ¿Qué vemos en Puerto Príncipe? ¿Qué vemos en ese territorio rico y floreciente cuando perteneció á los reyes poderosos de la Francia? Apenas proclamó su independencia cuando vió aparecer infinitos jefes que se disputaban el honor de gobernar á sus conciudadanos, ó por hablar con más propiedad, el medio de tiranizarlos entronizando un sangriento despotismo.

El espíritu de rebelión había venido de esa misma Francia que con ejércitos poderosos pretendía sofocarla en Haití; las ideas proclamadas por la revolución se habían derramado profusamente en la grande Antilla, habían cundido entre todas las clases é invadido todos los espíritus trastornándolos completamente. Aquellos que las recibieron con entusiasmo, que *celebraron como gran victoria de la humanidad el triunfo de la revolución* y procuraban que los hechos más repugnantes tuviesen en Haití toda la publicidad posible, fueron las primeras víctimas que sacrificaron los *ciudadanos libres* apenas se vieron dueños de su voluntad y de sus acciones. En efecto, la revolución en un país donde existían dos razas diferentes, hizo que preponderara la más fuerte y dominara sobre la otra. La africana, numerosa y osada en Haití, proclamó su inde-

pendencia de la Francia, después de haber proclamado su emancipación del dominio de sus amos (1), y estos hechos fueron acompañados de otros crueles y tiránicos á que se entregaron los negros.

Horror causan las matanzas de franceses ejecutadas por los tenientes de Louverture, Christophe y Dessalines; hombres, mujeres, niños y ancianos fueron comprendidos en diferentes lugares, en las órdenes de proscripción, que se ejecutaron con circunstancias tan feroces que indignan á cualquiera que posea sentimientos de humanidad. Ni fueron menos crueles las ejecuciones mandadas por algunos de los sucesores de aquellos en el poder. Las venganzas más innobles se ejercieron en los hijos por agravios recibidos de los padres, y así la vida como las riquezas, el honor como la libertad, todo fué á su vez sacrificado en los decretos de los que se decían libertadores y padres de la patria.

Haití pasó en muy poco tiempo por todas las condiciones y formas de gobierno que se conocen, y no podremos asegurar, por cierto, si en alguna de ellas dejó de ser infeliz la mayoría de sus habitantes. Imperio bajo Dessalines y Solouque, monarquía bajo Christophe y república bajo Petion y Boyer, en todas sus épocas encontramos manchada su historia. Durante el gobierno de Dessalines una serie de conspiraciones, de planes de asesinatos y de traiciones horribles forma la triste crónica del imperio; agitado siempre por una chusma de generales y de coroneles, era tan imposible mantener allí la paz como

(1) El general de los insurreccionados Toussaint Louverture en 1801.

contentar las aspiraciones de todos los que se decían hombres públicos. El africano Dessalines desapareció asesinado traidoramente; su cadáver mutilado fué entregado á las venganzas de jefes y soldados brutales, y la púrpura imperial fué tambien pisoteada, junto con los restos de uno de los fundadores de la independencia, por un pueblo que proclamaba su derecho para elegir y deponeer soberanos (1).

Otro africano inicia en Artebonita la monarquía haitiana; Cristophe sucede á Dessalines con el título de rey que le conceden los pueblos y los militares de su devoción, y él acopia grandes tesoros, fabrica suntuosos palacios, se hace servir por numerosos criados y acompañar de una gran guardia de honor. Pero esos tesoros son fruto del sudor de los pueblos; esos palacios son construidos por trabajadores, hombres y mujeres, que ningun estipendio recibían en recompensa de sus fatigas; esa gran guardia le hace traicion, y un suicidio vergonzoso pone término á los dias del soberano y da fin á una monarquía tan tiránica como el imperio de su antecesor (2). La república vió á diferentes hombres, representantes de ideas tambien diferentes, sucederse en el poder; vió presidentes elegidos de por vida y otros por un corto período; pero bajo la influencia de todos ellos no advirtió ni mejoras realizadas en la administracion de la república, ni progreso en la instruccion de la juventud, ni leyes que favoreciesen la moral, ni, en fin, ese respeto y proteccion que todo gobierno debe á la religion que

(1) 17 de Octubre de 1806.

(2) 8 de Octubre de 1820.

profesa la mayoría de los ciudadanos; nada de eso advirtió la república, decimos, y sí, por el contrario, que los hombres en cuyas manos estaba depositada la autoridad, muy léjos de cuidar fuesen desarrollándose aquellos elementos de felicidad pública, procedían, en oposicion con su deber, dándoles una direccion distinta de la que exigían los intereses de sus gobernados. La religion que debió haber servido de base á la monarquía, así como al imperio y á la república, fué durante todos estos gobiernos menospreciada, olvidada y solo atendida para subordinar sus rentas á reglamentos y confiar su administracion á consistorios compuestos de seglares. No fué atendida, lo repetimos, sino para secuestrarle sus propiedades y traspasarlas á hombres influyentes en el gobierno y que encontraron medios para hacerse ricos á costa de los templos y de los bienes destinados al culto de Dios.

La propaganda protestante no tan solo se hizo impunemente en un país cuya inmensa mayoría es católica, sino que fueron abiertamente protegidos por el gobierno los ministros que la hacían. El presidente Petion hizo venir á Puerto Príncipe ministros metodistas (1) que planteasen la enseñanza mutua segun el método lancasteriano, y estos sembraron á la vez en el tierno corazon de sus alumnos las semillas de sus errores, y pervirtieron la fe que profesaban sus padres y tambien ellos habían abrazado. Las familias no tardaron en recoger frutos bien amargos de esta medida del pre-

(1) En 1817.

sidente que los diarios de los Estados Unidos y la prensa africana de Haiti elogiaron con entusiasmo. Hechos atroces, cometidos por los iniciados en la nueva religion, escandalizaron á los vecinos de Puerto Principe, y nosotros queremos fijarnos solamente en dos que expresan con bastante claridad hasta dónde fueron desastrosas las consecuencias de la apostasia que, cual don funesto, el presidente Petion hizo á los haitianos introduciendo en su seno los ministros y las escuelas metodistas. Entre los convertidos por aquellos se encontró un jóven de raza africana que no solamente apostató de la religion católica, sino que se hizo predicador furibundo de su nuevo culto entre sus conciudadanos. Su madre movida de ternura y compasion al mismo tiempo, trabajó constantemente por desviar á su hijo del camino extraviado en que habia entrado; pero sus diligencias, sus ruegos y sus lágrimas fueron inútiles durante muchos meses; no obstante, la amorosa madre perseveró con fervor en su propósito de volver á su hijo á la religion católica. Exasperado este por las continuas amonestaciones, pasó del disgusto al odio, y de este al extremo del furor y de la crueldad, y tomando un puñal traspasó de un golpe las entrañas que le dieron el ser. El parricida fué condenado al último suplicio; el pueblo vió en los metodistas el origen de tamaña desgracia, y furioso se precipitó sobre su escuela, su capilla y sus ministros, destruyó aquellas y persiguió á estos á pedradas, obligándolos á embarcarse y á abandonar el país. Mas el culto de Wesley ya contaba algunos adeptos, adeptos que se aumentaban por la mala situacion en que se encontraba

el católico, y la propaganda metodista no tardó en recibir nuevos ministros y en restablecer sus escuelas.

No fueron aquellas las solas víctimas del protestantismo, pues entre las jóvenes arrastradas á la apostasia, hubo algunas que perdieron la razon llevadas á excesos por la exaltacion de principios que profesaban en su nueva secta. El gobierno prohibió las reuniones de los sectarios (1); mas la orden no fué cumplida con puntualidad, los metodistas continuaron su propaganda, y los haitianos siguieron tambien recibiendo en su seno la semilla de futuros males, aun de peor carácter que todos cuantos ya habian experimentado.

A la propaganda de los metodistas acompañó la predicacion de los cuákeros, que llegaron con objeto de establecer su secta en Puerto Principe (2); mas en favor de estos no obró ya solamente la simpatía y aquiescencia de la autoridad civil, sino, lo que es triste y mas que triste doloroso, que los ministros de Dios, encargados de dirigir al cielo las almas de los fieles, permitieron que esa predicacion se hiciese en el santuario y en el lugar mismo que la Iglesia católica destina para dar á su pueblo la ciencia de salvacion eterna. El cura Gaspard, tristemente célebre en la historia de los acontecimientos religiosos de Puerto Principe, llevó su condescendencia con los hombres públicos hasta el extremo de profanar la casa de Dios, permitiendo que el ministro de la mentira subiese á la cátedra de la verdad y alternase con los encargados por el mismo Dios de la instruccion de su pueblo. Mas

(1) Año de 1827.

(2) Año de 1817.

no hizo traicion aquel párroco á sus deberes á mansalva, ni los católicos de corazon pudieron ver con indiferencia que la apostasia encontrase proteccion en los que debieran servir como muro de bronce contra ella; los hombres religiosos se retiraron de la comunión de Gaspard, no concurrieron á las funciones de su Iglesia y buscaron otros sacerdotes para sus necesidades espirituales. Mas el gobierno africano, dispuesto como todos los demas á tomar parte en cuestiones espirituales, tambien se mezcló en esta, prohibiendo formalmente oficiar en Puerto Príncipe al sacerdote que se habian procurado los católicos timoratos.

Ya hemos notado que el gobierno haitiano mostró simpatías por las sectas disidentes, á pesar de que la religion católica, como creencia de la inmensa mayoría de los ciudadanos, era la única protegida por la constitucion del Estado, y hemos tambien tenido ocasion para conocer que en el sentimiento católico del pueblo fué donde encontraron aquellas una viva y poderosa resistencia que quizás no esperaban los presidentes Petion, Boyer ni sus ministros. Mas no fueron despues estériles simpatías las que mostró el gobierno, expidiendo decretos que hacian agravios verdaderos á la unidad católica; fuera de los que hemos notado ántes, señalaremos la institucion de colegios tanto para hombres como para mujeres bajo la direccion de protestantes. Por eso un escritor y miembro del gobierno de Haiti escribió que la enseñanza primaria no estaba allí basada sobre alguna religion, sino solamente sobre la moral (1); lo que equivale á decir,

(1) B. Arduin, *Études sur l'histoire d'Haiti*, tome V.

que ninguna religion se enseñaba en las escuelas; que los jóvenes, recibiendo de sus maestros y preceptores ejemplos y máximas contrarias á las que enseña la fe católica, no tenian motivo para robustecer en su alma los principios que inculca en sus creyentes, sino que al contrario, inspirándoles alejamiento é indiferencia por la religion de sus padres, les acercaban por las prácticas de las escuelas y por las doctrinas que en estas les inculcaban á una apostasia vergonzosa.

La Santa Sede no cesó de velar por esta porcion lejana del rebaño católico; prefectos apostólicos, vicarios y delegados pontificios fueron mandados desde la ciudad eterna para visitarla, para socorrer sus necesidades espirituales, para acordar lo conveniente á su régimen y para cortar los infinitos abusos que la revolucion y los cambios en el personal y en la forma de gobierno habian introducido allí. Mas, triste es decirlo, por puro y ardiente que fuese el celo de esos prelados y por grande que fuese tambien su abnegacion, encontraron obstáculos infinitos que su autoridad no podia remover, faltándoles el apoyo necesario de parte de los mandatarios de la nacion; un clero entregado á sí mismo durante muchos años y formado casi todo de extranjeros asilados allí, necesitaba urgentemente de reformas, de disciplina y de ser vigilado é instruido cuidadosamente. Un pueblo que vió predicando á los ministros metodistas en el púlpito católico, y esto con el beneplácito de la primera autoridad eclesiástica de Puerto Príncipe, y que veía ademas abiertas para la juventud escuelas dirigidas por disidentes, necesitaba

ponerse en guardia contra los enemigos de su religion. Privado Haiti hacia muchos años de la jerarquía eclesiástica, el culto de Dios habia perdido gran parte de su decoro é importancia á los ojos del pueblo. Roma trataba de reparar todos estos males por medio de sus delegados; mas, volvemos á decirlo, estos no encontraron la proteccion que debian haber tenido los representantes del Pastor universal, no lograron los elementos indispensables para formar un pequeño seminario que prometiese al clero un personal conveniente para el porvenir, ni consiguieron tampoco realizar ciertos cambios que la religion y el pueblo pedian urgentemente. Los males han continuado y con ellos han ido desarrollándose la ignorancia, la corrupcion, el materialismo y una triste tendencia que conduce á muchos al cisma y á la apostasia.



CAPÍTULO XXXIX

Acefalia de la parte española. — Ruina y destruccion completa. — Grandes males que trajo la dominacion africana. — Desaparicion de la jerarquía eclesiástica. — Supresion de los colegios. — Observacion en órden al clero. — Supresion de los conventos. — Tiranía que conducia á la barbarie. — La república dominicana. — Su porvenir.

El ejército frances habia abandonado casi completamente sus antiguas posesiones en Haiti, y los bravos africanos perseguian sus últimos restos hasta la ciudad de Santo Domingo, capital de la isla, cuando era esta uno de los bellos florones de la corona de los soberanos de Castilla. Cristophe, el supuesto rey de Artabonita, encuentra medios para aliarse con algunos españoles malcontentos, y un ejército de haitianos penetra la parte castellana de la grande Antilla. Los habitantes de la campaña huían á las poblaciones bajo la impresion del terror que aquellos bárbaros sembraban por todas partes; los campos eran talados, quemadas las sementeras de caña y de café, los grandes ingenios de azúcar des-